

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 22 de Abril de 1897

Núm. 335



Excmo. Sr. Capitán general de Cataluña, D. Eulogio Despujol



España juzgada por los yankees

Desde New-York á San Francisco, de Tejas al río de San Lorenzo, vivían, hace doscientos años, millones de indígenas de raza roja, que poseían con perfecto derecho las comarcas de las cuencas del Missisipí y del Colorado, del Hudson y del Ohío. Muchos de esos indígenas eran de costumbres pacíficas, teniendo algunas razas civilización autóctona; otros, más bravíos, no se avenían á la sujeción que implican el cultivo de la tierra y la cría de ganado, y la caza y la pesca eran su única ocupación. Todos, así los trashumantes como los que habían arraigado en una región determinada, los batalladores, como los mansos, civilizados y rústicos, estaban en su tierra, y por el solo hecho de haber nacido, tenían derecho á la vida.

Un día, Inglaterra, teniendo plétora de población penal, y habiendo conquistado las costas orientales de lo que es ahora la Unión, envió una gran masa de deportados á ellas. Algunas mujeres siguieron á los presidiarios. Irlandeses y escoceses, á los que el hambre arrojaba de sus casas, fueron hacia América. Carlos II deportó algunos puritanos después que Monck le devolvió el trono de su padre. Más tarde, gente de toda procedencia acudió á los Estados del Nordeste. Así se formó la aglomeración de gentes, que ahora se llama los Estados Unidos.

Cuando colonos y deportados se sintieron bastante fuertes para sacudir el yugo de los ingleses, empezó la guerra de la Independencia. Washington fué el caudillo, el verbo y el alma de ella. Pero sin Laffayette y Rochambeau, sin el auxilio de franceses y españoles, quizá hubiera sido muy distinto el resultado de la lucha.

Ello es que los angloamericanos se emanciparon. En aquella época era la población de la Unión tan escogida, que un juez, Lynch, para desembarazarse de malhechores, instituyó los célebres jurados de colonos. Doce de ellos reunidos, juzgaban, condenaban, y ejecutaban de un modo sumario á los delincuentes. De ahí la *Ley de Lynch* y los *lynchamientos*, que todavía se perpetran. Díganlo sino los italianos asesinados en New-Orleans.

Antes de que Darwin la formulara, la *struggle for life* se practicó con verdadero entusiasmo en todo el territorio de la Unión. El débil, el que vacilaba, el enfermizo era eliminado sin compasión de la naciente sociedad. El asesinato, el robo estaban á la orden del día. Bastaba ser fuerte para sustraerse al yugo de las leyes. Los indios de todas las ra-

zas estaban comprendidos en la categoría de los débiles. Y como, por otra parte, poseían territorios feraces, como guardaban ó ocupaban comarcas auríferas, empezó una guerra sin cuartel contra los pieles rojas, que empezó por el aniquilamiento de los sioux, y terminó, después de ochenta años de una carnicería indecible, con la invasión del territorio de Oklahowa en el Far-West, hace ocho años.

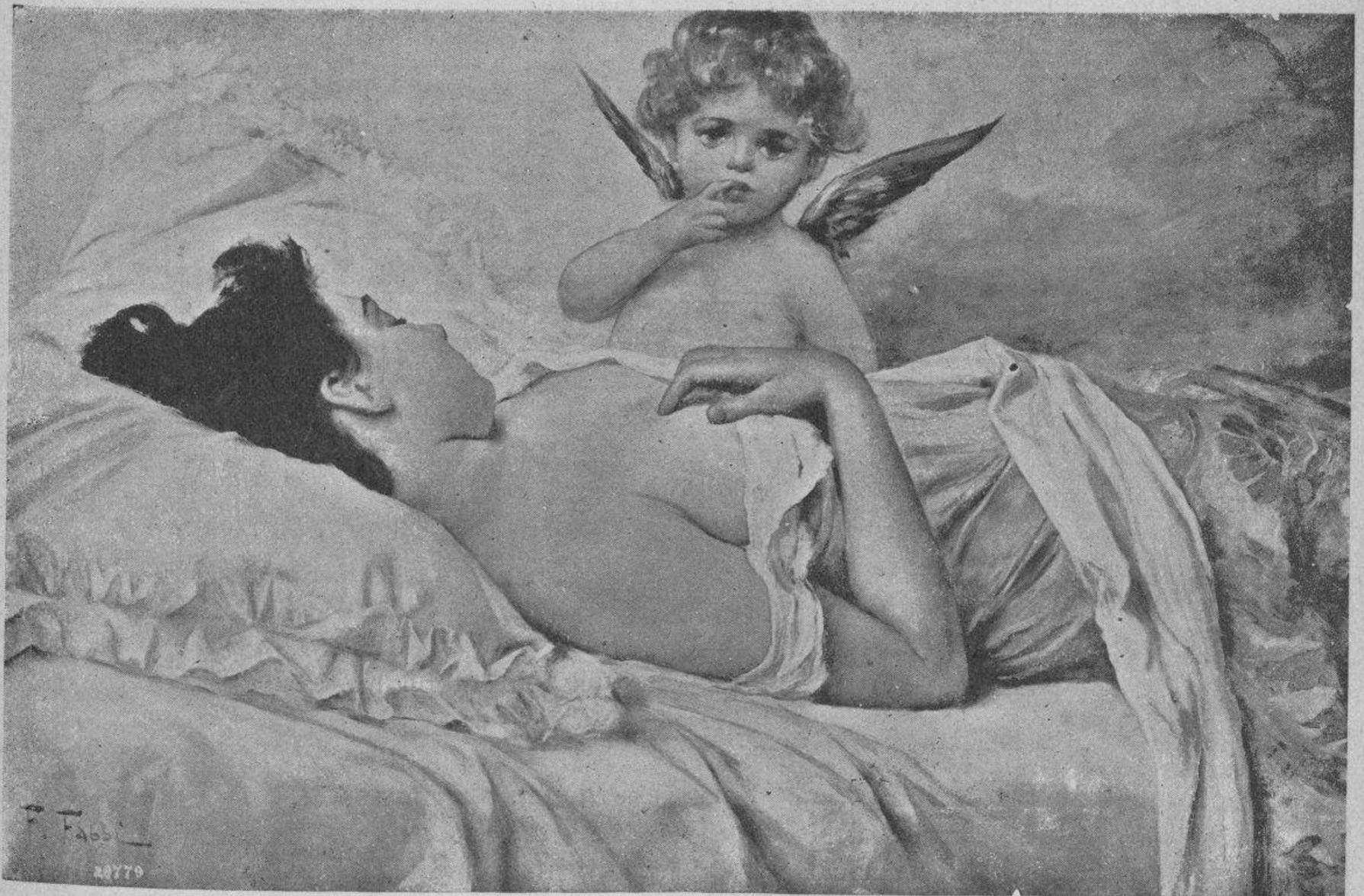
Más de cuatro millones de indígenas han sido brutalmente borrados del libro de los vivos por los sensibles yankees en el espacio de medio siglo. Un día, el coronel Simmonds, persiguiendo á una banda numerosa de indios logró que se refugiara en una de las cavernas que las aguas han excavado en el Cañón del Colorado. Los infelices eran unos dos mil; la mayoría mujeres y niños. Los angloamericanos, desde lo alto de la sima vieron adonde se refugiaban sus enemigos. El terreno era movedizo y formado hasta el fondo del río por tierra vegetal agrietada por los rayos del sol. El jefe yankee concibió una idea luminosa. Sobre la caverna, á plomo sobre su entrada había una masa enorme de tierras. Un barreno monstruo aplicado con arte podía convertir la caverna en sepultura. Y la pólvora hizo su obra. La entrada de la caverna quedó cegada. Unas dos mil personas quedaban dentro de la pavorosa oquedad.

¿A qué citar más hechos? Para muestra basta un botón. Y el citado equivale á una botonadura completa.

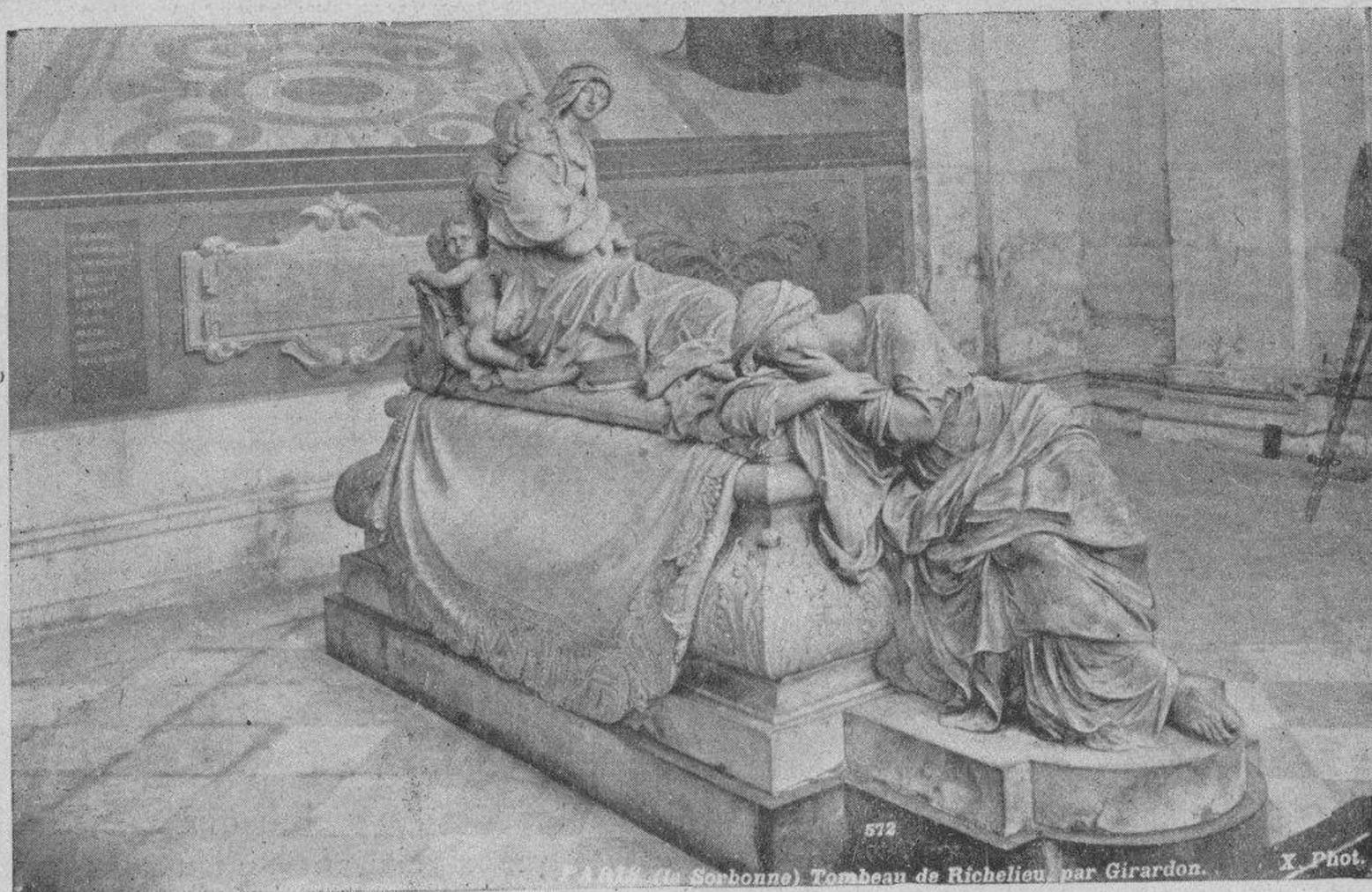
* * *

¿Y esa es la raza que caricaturiza á la española del modo sangriento que puede verse en las láminas que publicamos? ¿Son los yankees los que nos acusan de inícuos y corrompidos? ¿Esa gente ha de poner en nuestro pecho el estigma de sanguinarios y asesinos? Vi-

TABIO FABBI



Sueño



PARÍS. — Tumba de Richelieu

vos están Bettancourt y Tamayo, Sanguilly y Rius Rivera, cuando hubiera bastado una volición del general en jefe para tenderlos inanimados en tierra.

A cada raza sus virtudes y defectos, como á cada cosa su ley. Son los yankees un pueblo de mercaderes; saben aprovechar los descubrimientos de la agena inteligencia para enriquecerse, tienen virtudes cívicas de que nosotros carecemos. Pero no son soldados, no lo serán jamás, y por eso se muestran crueles en la victoria é ignoran la generosidad del soldado.

Cuando España se batía contra los ingleses, una escuadra de éstos sorprendió un convoy de galeones que venían cargados de oro y plata. Defendiéronse los españoles, uno contra diez, con verdadero heroísmo, y cuando ya la lucha desigual no podía continuar, cuando ya no había municiones, el jefe español mandó volar los galeones. Y solo contra todos los buques ingleses se defendió hasta que llegó el momento del abordaje. Entonces hizo cargar las piezas con metralla de nueva especie, con doblones. Y cuando los ingleses cayeron sobre el puente, más de doscientos murieron atravesados por aquel oro cuya conquista anhelaban. Los españoles, volando la Santa Bárbara, se hundieron en el mar.

Los yankees caricaturistas hubiesen adoptado un partido más práctico: Comprar sus vidas con aquel oro que á los españoles sirvió para cobrar las agenas y salvar su honra.

* * *

Nada de cuanto se nos imputa es cierto. Pero siéndolo, no podrían los yankees echárnoslo en cara.

Por fortuna, la opinión de la gente sensata de los Estados Unidos ha comprendido ya que la campaña de difamación contra España era inícuá, y torpe además.

El *Oncle Sam* no se tapa los ojos para no ver las atrocidades de los españoles en Cuba, sino para no enterarse de las caricaturas que algunos dibujantes trazan para la propia mengua y la de su patria.

A. RIERA.

E. GELLI



En la calle



Reposo

Cantares populares

Tengo pena si te veo,
y si no te veo doble.
No tengo más alegría
que cuando mientan tu nombre.

En el campo-santo entré,
y me acerqué hacia tu fosa,
y sobre la piedra puse
un manojito de rosas.

Tienes el pelo tendido
con clavos claveteado,
así me tienes á mí
el corazón traspasado.

Si supiera, dueño mío,
que el sol que sale te ofende,
con el sol me peleara
hasta que le diera muerte.

Eres el sol que idolatro;
y la luna que venero;
eres cadena de amor,
que me tienes prisionero.

Las sábanas de mi cama
todas las noches las calo...
con lágrimas de mis ojos
que por tu causa derramo.

Toda la vida en Argel
no me ha cautivado el moro;
y una vez que entré en tu casa
me cautivaron tus ojos.

Hasta la guitarra siente
el golpe de mi dolor;
¡cuándo la guitarra siente,
qué será mi corazón!



Turquía y España van al abismo. (Del Judge, de Nueva York)

Desdén

Ni las canoras aves,
con sus trinos melancólicos, suaves,
ni del tigre el rugido,
ni del revuelto océano el bramido,
me causarán encanto,
ni temores, ni espanto;
que nada me cautiva, ni me arredra;
y pues que tú eres nieve, yo soy piedra.

Yo soy la piedra dura,
inmóvil y segura,

sobre cuyos asientos
descansan monumentos,
de alturas colosales,
como las gigantescas catedrales.

En cambio, tú, ¿qué eres?
Pues, la menos mujer de las mujeres.
Que si en tu lecho entrara,
por ofenderte más... te respetara.

PEDRO GAY.



La caja de oro

Siempre la había visto sobre su mesa, al alcance de su mano bonita, que á veces se entretenía en acariciar la tapa suavemente; pero no me era posible averiguar lo que encerraba aquella caja de filigrana de oro con esmaltes finísimos, porque apenas intentaba apoderarme del juguete, su dueña lo escondía precipitada y nerviosamente en los bolsillos de la bata, ó en lugares todavía más recónditos, dentro del seno, haciéndola así inaccesible.

Y cuanto más la ocultaba su dueña, mayor era mi afán por enterarme de lo que la caja contenía. ¡Misterio irritante y tentador! ¿Qué guardaba el artístico chirimbolo? ¿Bombones? ¿Polvos de arroz? ¿Esencias? Si encerraba alguna de estas cosas tan inofensivas, ¿á qué venía la ocultación? ¿Encubría un retrato, una flor seca, pelo? Imposible; tales prendas, ó se llevan mucho más cerca ó se custodian mucho más lejos, ó descansan sobre el corazón ó se archivan en un secreter bien cerrado, bien seguro... No eran despojos de amorosa historia los que dormían en la cajita de oro, esmaltada de azules quimeras, fantásticas rosas y volutas de verde ojiacanto.

Califiquen como gusten mi conducta los incapaces de seguir la pista á una historia, tal vez á una novela. Llámenme enhorabuena indiscreto, antojadizo, y por contera, entrometido y figón impertinente. Lo cierto es que la cajita me volvía tarumba, y, agotados los medios legales, puse en juego los ilícitos y heroicos... Mostréme perdidamente enamorado de la dueña, cuando sólo lo estaba de la cajita de oro; cortejé en apariencia á una mujer, cuando sólo cortejaba á un secreto; hice como si persiguiese la dicha... cuando sólo perseguía la satisfacción de la curiosidad. Y la suerte, que acaso me negaría la victoria, si la victoria realmente me importase, me la concedió... por lo mismo que al concedérmela me echaba encima un remordimiento.

No obstante, después de mi triunfo, la que ya me entregaba cuanto entrega la voluntad rendida, defendía aún, con invencible obstinación, el misterio de la cajita de oro. Un día tras otro; empleando yo zalameras coqueterías ó repentinas y melancólicas reservas; discutiendo ó bromeando; apurando los ardides de la ternura ó las amenazas del desamor; suplicante ó enojado, la dueña de la caja persistió en negarme á que me enterase de su contenido, como si dentro del lindo objeto existiese la prueba de algún crimen.

Repugnábame emplear la fuerza y proceder como procedería un patán, y, además, exaltado ya mi amor propio (á falta de otra exaltación más dulce y profunda), quise deber al cariño y sólo al cariño de la hermosa la clave del enigma. Insistí, porfié, me sobrepujé á mí mismo, desplegué todos los recursos, y como el artista que cultiva por medio de las reglas la inspiración, llegué á tal grado de maestría en la comedia del sentimiento, que logré arrebatarse al auditorio. Un día que algunas fingidas lágrimas acreditaron mis celos, mi persuasión de que la cajita encerraba la imagen de algún rival, de alguien que aún me disputaba el alma de aquella mujer, la ví demudarse, temblar, palidecer, echarme al cuello los brazos, y exclamar por fin, con sinceridad que me avergonzó:

—¡Qué no haría yo por tí! Lo has querido, pues sea. Ahora mismo verás lo que hay en la caja.

Apretó un resorte: la tapa de la caja se alzó, y divisé en el fondo unas cuantas bolitas

tamañas como guisantes, blanquecinas, secas. Miré sin comprender, y ella, reprimiendo un gemido, dijo solemnemente:

—Esas píldoras me las vendió un curandero, que realizaba curas casi milagrosas en la gente de mi aldea. Se las pagué muy caras, y me aseguró que tomando una al sentirme enferma tengo asegurada la vida. Sólo me advirtió que si las apartaba de mí ó las enseñaba á alguien perdían su virtud. Será superstición ó lo que quieras; lo cierto es que he seguido la prescripción del curandero, y no sólo se me quitaron achaques que padecía (pues soy muy débil), sino que he gozado salud envidiable. Te empeñaste en averiguar... Lo conseguiste. Para mí vales tú más que la salud y que la vida. Ya no tengo pancea, ya mi remedio ha perdido su eficacia: sírveme de remedio tú; quiéreme mucho, y viviré.

Quedéme frío. Logrado mi empeño, no encontraba dentro de la cajita sino el desencanto de una superchería y el cargo de conciencia del daño causado á la persona que al fin me amaba. Mi curiosidad, como todas las curiosidades, desde la fatal del Paraíso hasta la no menos funesta de la ciencia contemporánea, llevaba en sí misma su castigo y su maldición. Daría entonces algo bueno por no haber puesto en la cajita los ojos. Y tan arrepentido que me creí enamorado; cayendo de rodillas á los pies de la mujer que sollozaba, tartamudeé:

—No tengas miedo... Todo eso es una farsa, un indigno embuste... El curandero mintió... Vivirás, vivirás mil años... Y aunque hubiesen perdido su virtud las píldoras, ¿qué? Nos vamos á la aldea y compramos otras... Todo mi capital le doy al curandero por ellas.

Me estrechó, y sonriendo en medio de su angustia, balbuceó á mi oído:

—El curandero ha muerto.

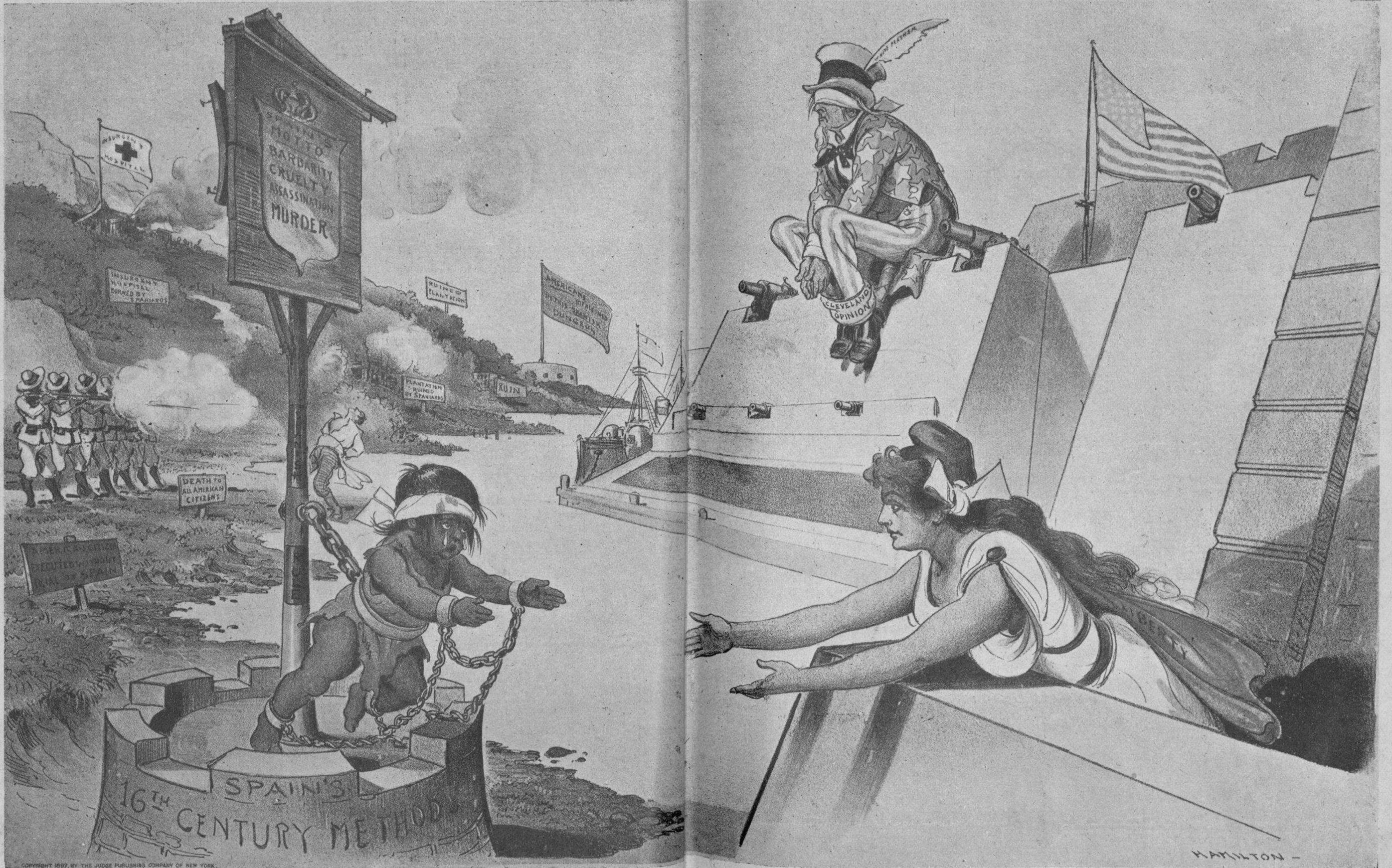
Desde entonces, la dueña de la cajita — que ya no la ocultaba, ni la miraba siquiera, dejándola cubrirse de polvo en un rincón de la estantería forrada de felpa azul— empezó á decaer, á consumirse, presentando todos los síntomas de una enfermedad de languidez, refractaria á los remedios. Cualquiera que no me tenga por un monstruo, supondrá que me instalé á su cabecera y la cuidé con caridad y abnegación. Caridad y abnegación digo, porque otra cosa no había en mí para aquella criatura de quien había sido involuntario verdugo. Ella se moría, quizás de pasión de ánimo, quizás de aprensión, pero por mi culpa; y yo no podía ofrecerle, en desquite de la vida que le había robado, lo que todo lo compensa, el don de mí mismo, incondicional, absoluto. Intenté engañarla santamente para hacerla dichosa, y ella, con tardía lucidez, adivinó mi indiferencia y mi disimulado tedio, y cada vez se inclinó más hacia el sepulcro.

Y al fin cayó en él, sin que ni los recursos de la ciencia ni mis cuidados consiguiesen salvarla. De cuantas memorias quiso legarme su afecto, sólo recogí la caja de oro. Aun contenía las famosas píldoras, y cierto día se me ocurrió que las analizase un químico amigo mío, pues no se daba por satisfecha mi maldita curiosidad. Al preguntar el resultado del análisis, el químico se echó á reír.

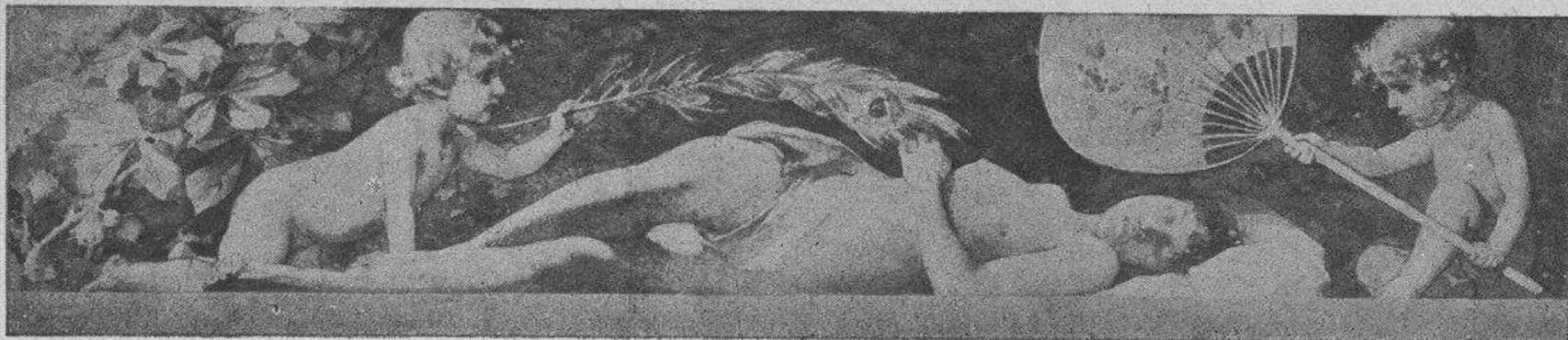
—Ya podía usted figurarse—dijo—que las píldoras eran de miga de pan. El curandero (¡si sería listo!) mandó que no las viese nadie... para que á nadie se le ocurriese analizarlas. ¡El maldito análisis lo seca todo!

EMILIA PARDO BAZAN.





La Libertad llamando á Cuba (Del Judge, de Nueva York)



Las dos linternas

Á DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

I

De Diógenes compré un día
La linterna á un mercader,
Distan la suya y la mía
Cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mía parece;
La suya parece negra;
La de él todo lo entristece;
La mía todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
*Todo es según el color
Del cristal con que se mira.*

II

—Con mi linterna—él decía—
No hallo un hombre entre los seres.—
¡Y yo, que hallo con la mía
Hombres hasta en las mujeres!

El llamó, siempre implacable,
Fe y virtud teniendo en poco,
A Alejandro, un miserable,
Y al gran Sócrates, un loco.

Y yo ¡crédulo! entretanto,
Cuando mi linterna empleo,
Miro aquí, y encuentro un *santo*;
Miro allá, y un *mártir* veo.

¡Sí! mientras la multitud
Sacrifica con paciencia

La dicha por la virtud,
Y por la fe la existencia,

Para él virtud fué simpleza;
El más puro amor, escoria;
Vana ilusión la grandeza,
Y una necedad la gloria.

¡Diógenes! mientras tu celo
Sólo encuentra sin fortuna,
En Esparta algún *chicuelo*,
Y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
Que, con sufrir el nacer,
Es un héroe cualquier hombre
Y un ángel toda mujer.

III

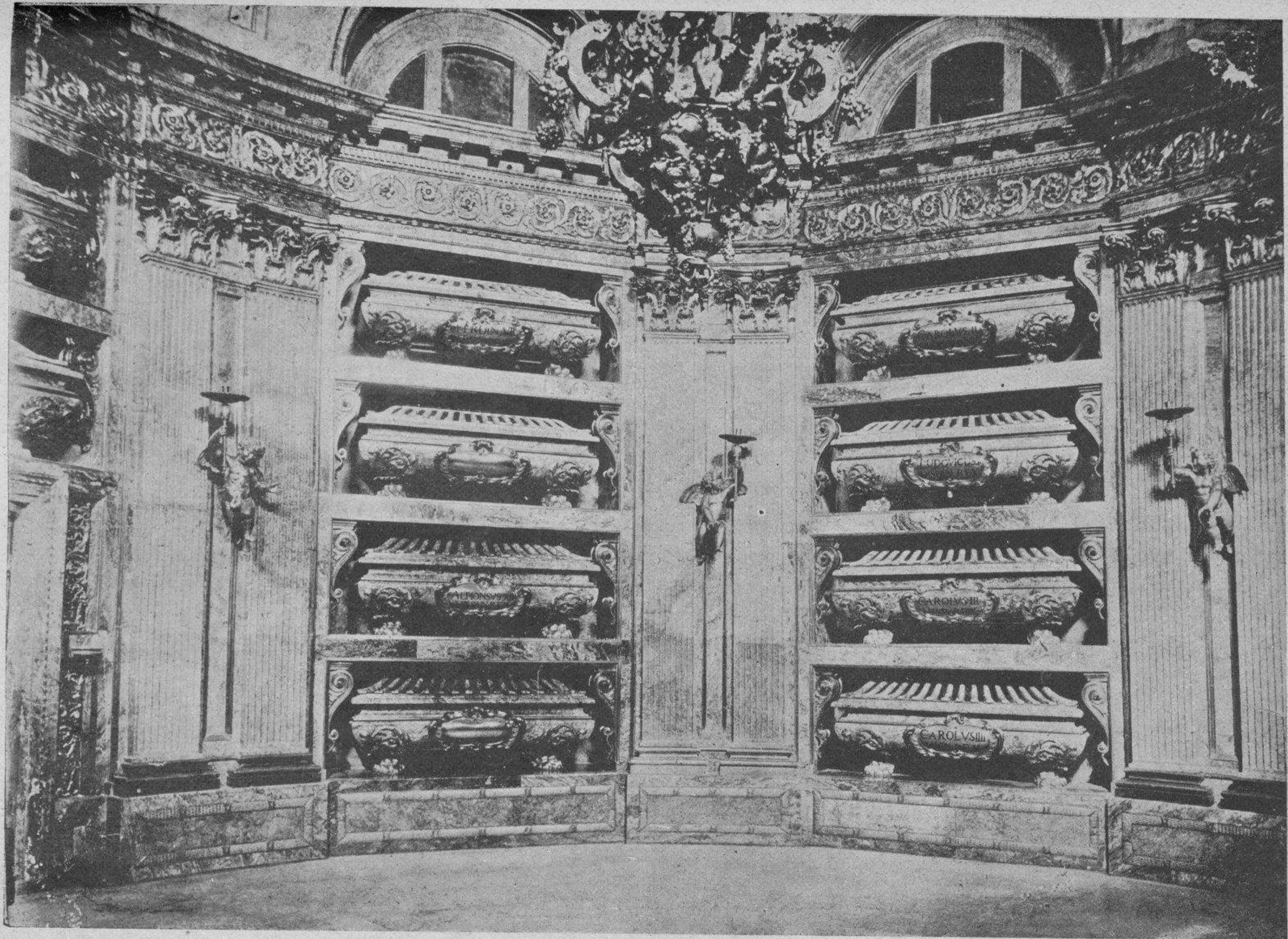
Como al revés contemplamos
Yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
Las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
La virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
*Todo es según el color
Del cristal con que se mira.*

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





ESCORIAL. — Panteón de los Reyes



El aniversario

Una carta del demonio

Sr. D. Enrique Gaspar.

Muy señor mío: Que yo pequé rebelándome contra mi Dios, no admite género de duda y harto lo purgo por mi mal; pero que, sin tener en cuenta la expiación de mi pecado, la maledicencia agrave mi situación con calumnias groseras, es lo que no estoy dispuesto á tolerar en lo sucesivo; á este fin impetro su cooperación para que se sirva hacer públicas mis quejas, ya que en usted escribir un artículo debe ser, por lo malos que los produce, cosa tan sencilla como en mí espantarme las moscas con el rabo, según la creencia en el siglo; pues ni yo tengo rabo donde el vulgo me lo supone, ni en esta su casa está para moscas la temperatura.

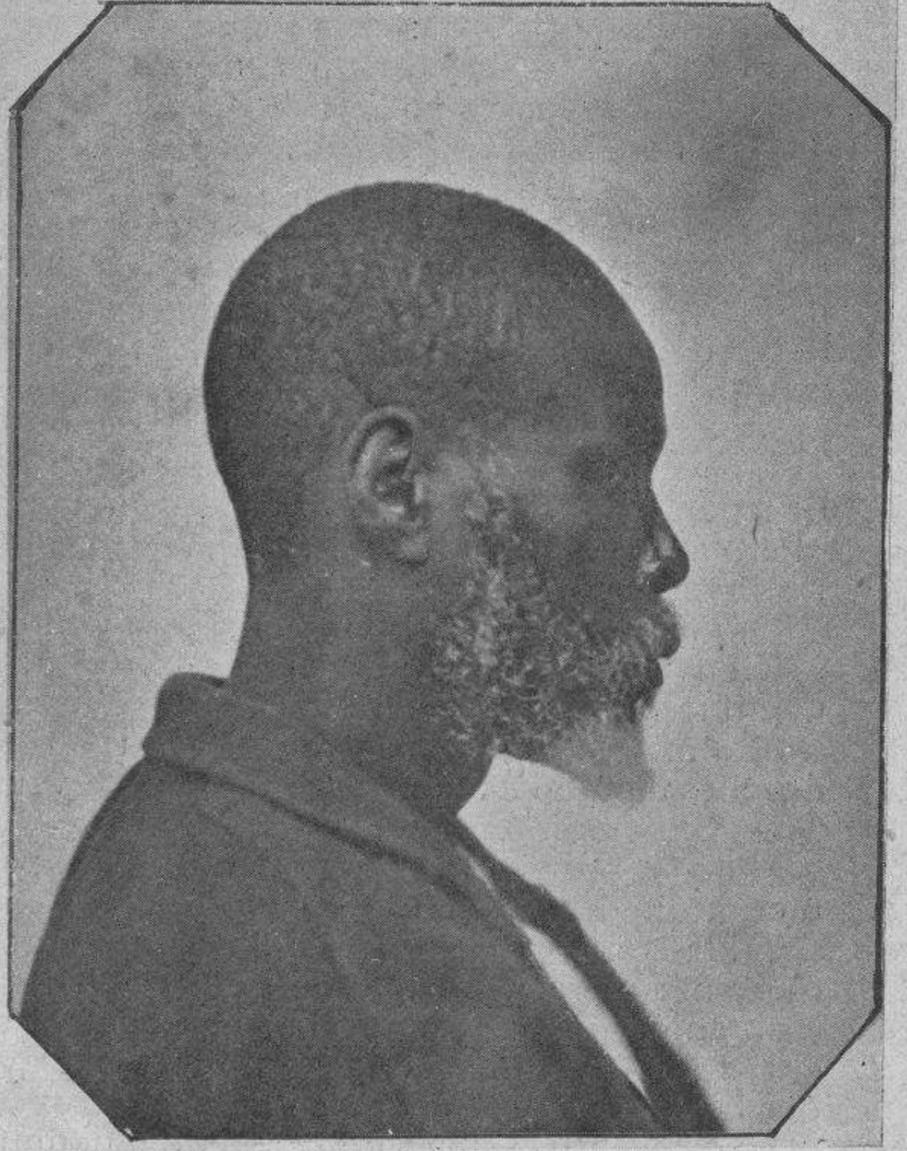
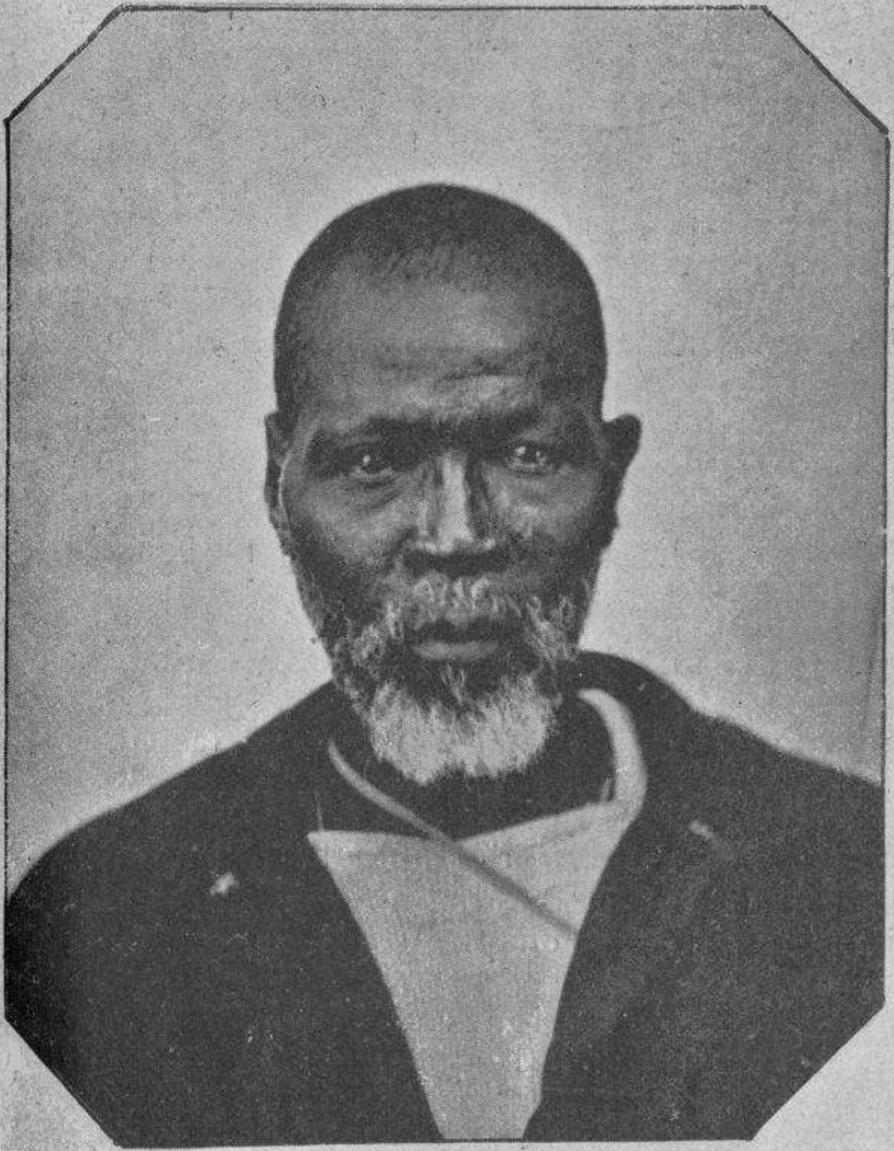
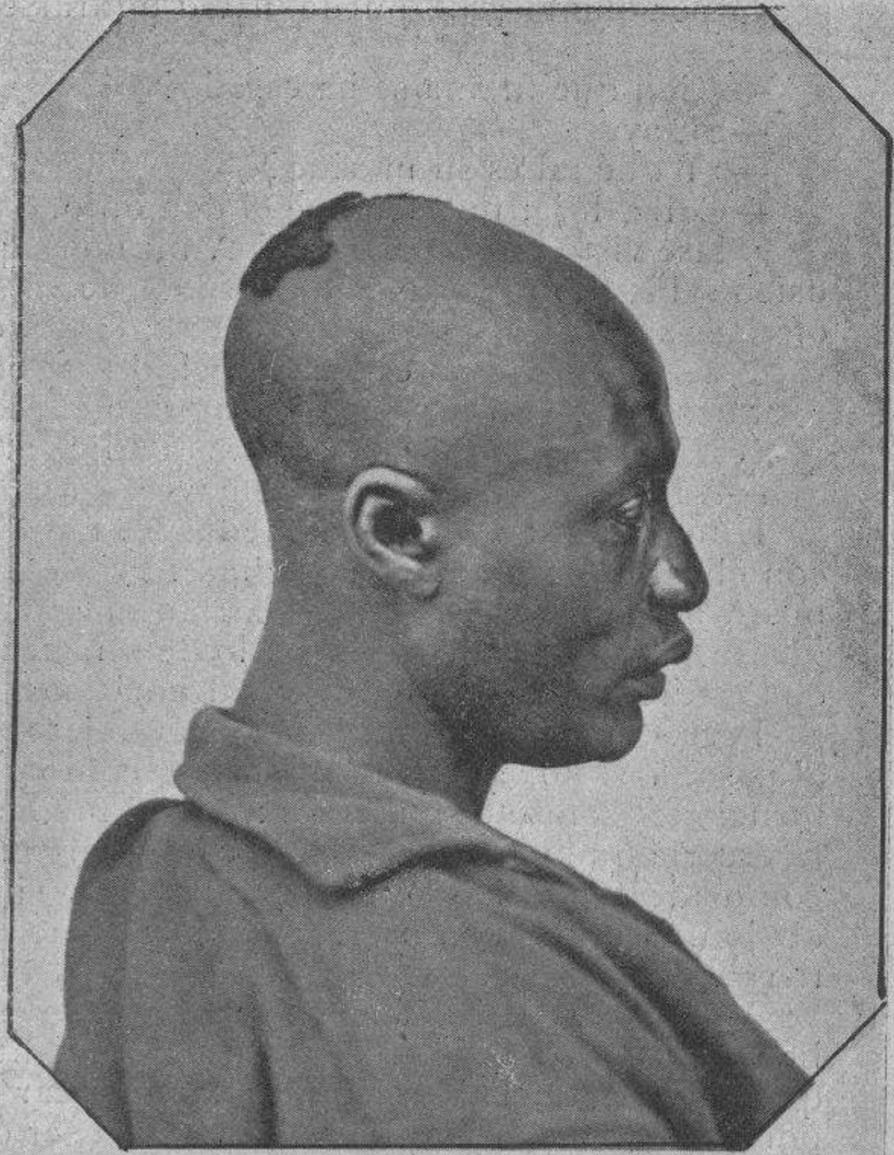
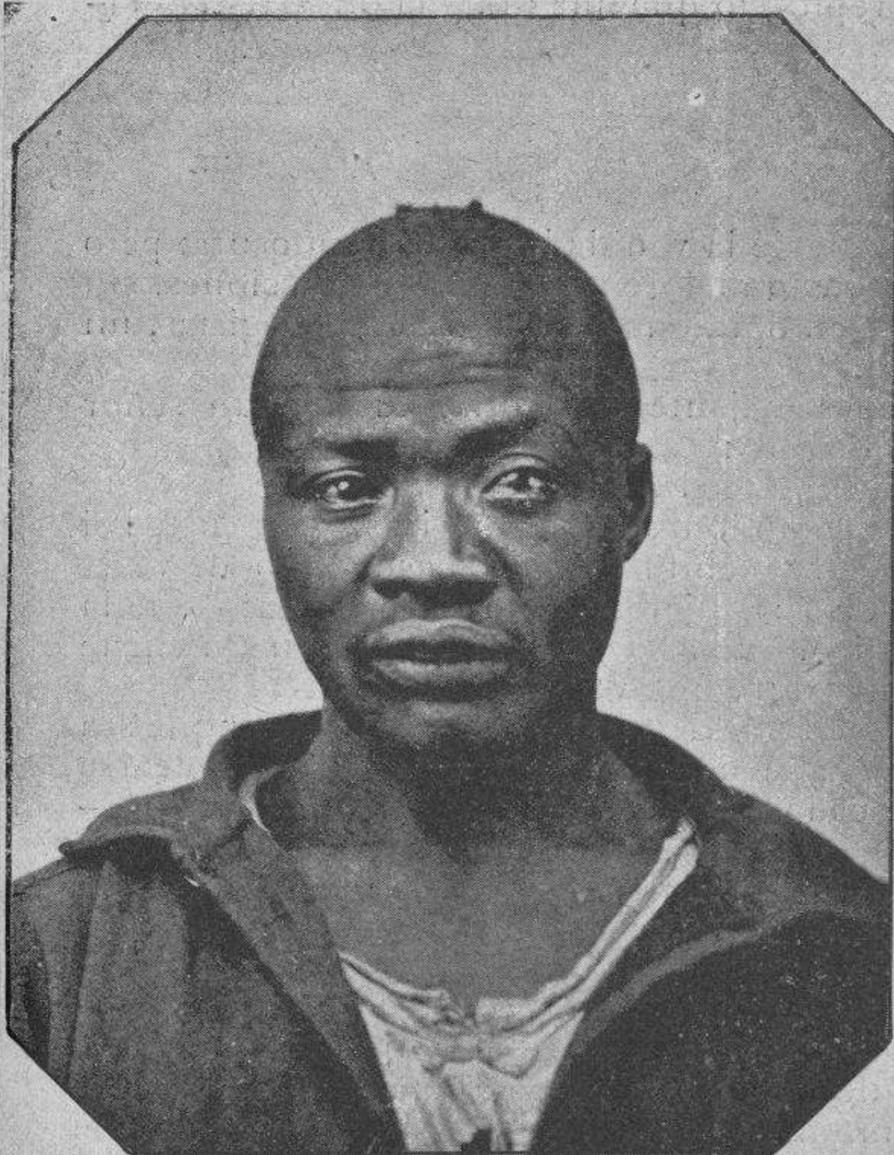
Algo daría, sin embargo, por poseer ese apéndice dorsal y aun los cuernos con que gratuitamente me ha dotado el arte pictórico, que de ser así, en más de un rato de mal humor había de salirme por algún albañal, y, á éste quiero á éste no quiero, poner al mundo á topadas y coletazos más blando que un higo.

No hace todavía un siglo, este su humilde servidor gozaba entre las masas de cierta influencia fatídica, es verdad, pero influencia al fin. Nadie se atrevía á pronunciar mi nombre sin santiguarse, lo que me domeñaba en cierto modo y me obligaba á esconderme en la covacha del carbón con la cara mustia, y si valen metáforas, con el rabo entre las piernas; pero, amigo mío, desde que las corrientes revolucionarias dieron al traste con la fe, se me ha perdido el respeto hasta un punto que ya no es familiaridad, sino menosprecio lo que inspira á las gentes el demonio.

¿Si yo no he hecho más que una cosa mala, por qué se me ha de colgar el mochuelo de todo lo que disgusta? Yo quiero vindicarme ante la sociedad y exhibirme como soy.

No puede usted figurarse la impresión tan dolorosa que recibo cada vez que, estando en mi gabinete y á caza de una orden de caballería ó de un nuevo derecho político que

FOTOGRAFÍAS DEL NATURAL



Tipos de insurrectos cubanos

inventar para que no se esterilice en el hombre el germen de sus desaciertos, ya aguzando mi inteligencia en busca de un mamarracho que inspirar á la moda, á fin de que las mujeres, de que por aquí no andamos escasos, nos renueven el surtido con lo que pecan por moños; no puede usted figurarse, repito, lo que me indigna oír por esas alturas:

—¿Con que fulana se ha casado?

—Sí; ayer.

—¿Y qué tal es su marido?

—Calla, hija; más feo que el demonio.

¿Hase visto cosa como ella? A mí no es que me dé la vanidad por la hermosura; pero usted sabe, porque es persona leída, que yo soy de lo mejorcito en punto á facciones, sin ofender á las de Cataluña y Navarra; tanto, que en opinión de algunos etimologistas, mi verdadero nombre no es Luzbel, sino Luz-bella.

Pues bien; aun no se ha extinguido el eco de semejante calumnia, cuando un señor que está almorzando en una fonda le dice al camarero:

—Advierto á usted que este pavo está más duro que el demonio.

Esto, aunque me ofende menos, es tan falso como lo otro; porque imagínese usted si con el calorcillo que por aquí hace, dejaré de estar yo en fusión como cada hijo de vecino. A mí se me figura que andarían más acertados si dijeran: Esto es más duro que la piedra, «ó más duro que el estilo de un académico,» y hasta si querían ingerir un chiste de los que usan hoy los autores dramáticos, «más duro que veinte reales.»

Pero, no señor; bien se ve que el objeto es ponerme á mí una banderilla aunque sea al paso. Y si no, ¿á qué propósito, como no sea el de zaherirme, habían de emplearse locuciones como la siguiente?: «A mí me ha tocado una mujer del demonio.» Cualquiera creería que yo las tengo á docenas, cuando lejos de eso, y en buen hora lo diga, estoy como ideal político ó escuela literaria, sin casar con nadie. No, sino meta usted aquí abajo una mujer con prerrogativas y derechos, y al mes me deja el infierno que parece la tierra.

Vuelvo á repetirle á usted que el oficio está perdido; ya no me queda ninguno de los beneficios que me daba la superstición. Antes era para mí un día de jolgorio aquel en que en virtud del exorcismo le iban á sacar el demonio del cuerpo á una muchacha; y no por otra cosa sino porque la moza solía ser como unas peladillas, y me lisonjeaba que me creyeran retozón y hombre de gusto; pero hoy, buenas y gordas. A lo mejor bajan por un sumidero gritos de: «á esa chica se la va á llevar el demonio;» y cáteme usted en acecho y lleno de esperanzas; porque, en fin, aunque yo odie la coyunda, no me sabe mal el que de cuando en cuando me caiga alguna hembra de buen porte. ¿Qué le hemos de hacer? Todos somos frágiles; por un lado la propia inclinación; por otro el mal ejemplo que nos da D. Juan Tenorio, que sigue tan galanteador y pendenciero como por allá arriba, matándome cada semana un comendador; de tal forma y manera, que no los puedo sustituir por más aprisa que me los confeccionan. ¿Y qué resulta al cabo? Pues nada; que á la chica no se la lleva el demonio, sino que se la lleva algún capitán de caballería ó por lo menos algún empleado en Hacienda, con quien se casa á la postre en cuanto tiene principio que poner.

Por supuesto, que yo me quejo y de lo que me sucede nadie tiene la culpa sino yo. Si señor, yo, que en lugar de meter en cintura á los que poco á poco se iban permitiendo libertades conmigo, los fui dejando en paz seducido por el dulce arrullo de la lisonja. ¿Pero á quién no halaga el oír á las gentes sencillas cada vez que leen en los periódicos los inventos del siglo?

—¡Vamos! Hoy el hombre estudia con el demonio.

Convenga usted en que es reconocerme una superioridad intelectual que embriaga como tres actos en redondillas.

Lo mismo digo de la aptitud que todos me conceden para dar solución á las cosas difíciles cuando exclaman confesándose vencidos:

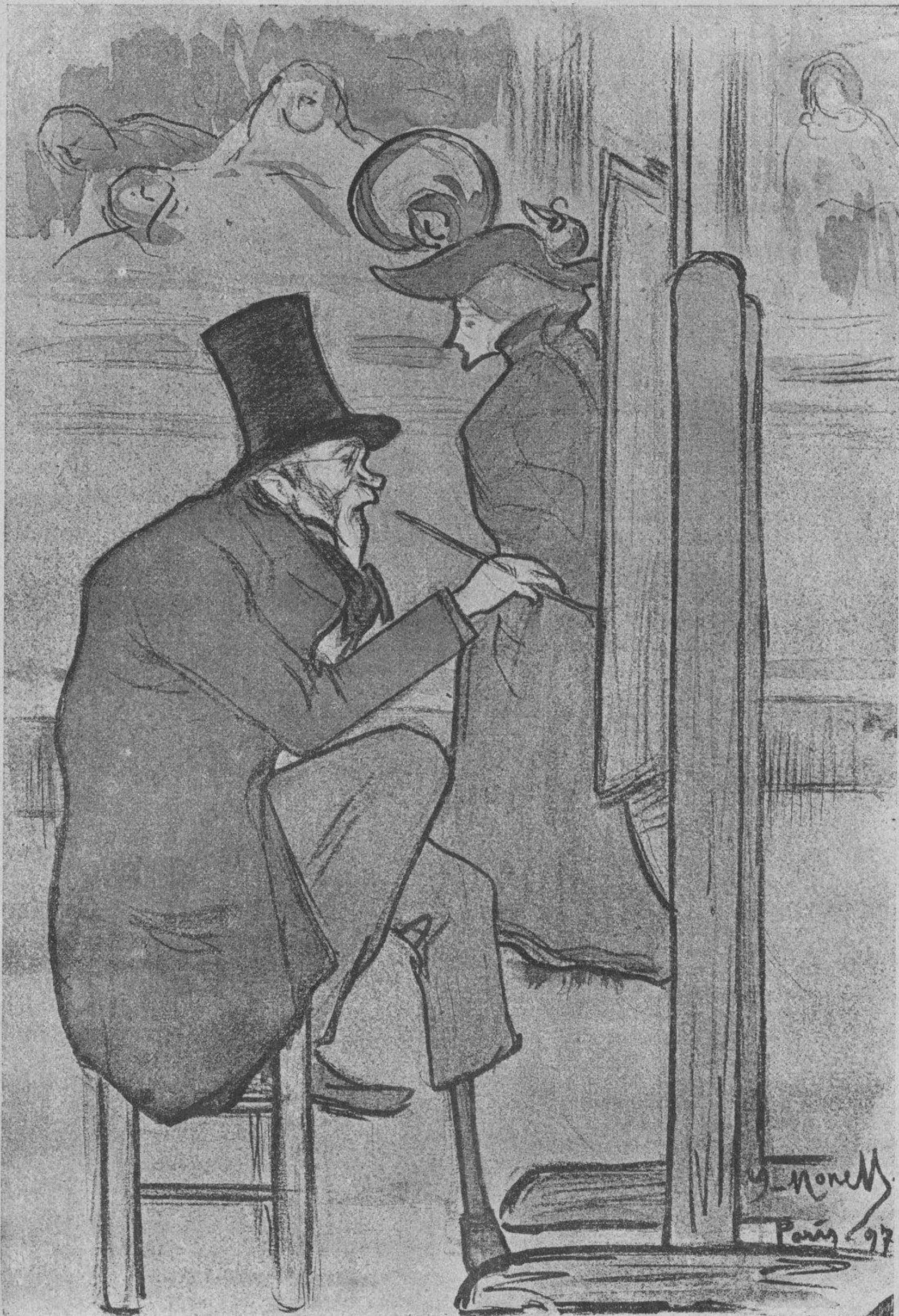
—El demonio que entienda esto.

Poco á poco se me fué tomando hasta por persona chistosa y de buen humor; de tal modo, que no se vertía frase con ingenio en sociedad ó en teatros que no se recibiese en seguida como ocurrencia del demonio; y no ignora usted que en punto á buen humor, estoy más para Archena y la Puda que para retruécanos.

¿Quién había de sospechar que por el camino de las concesiones daría yo, andando el tiempo, con una cocinera como la que ayer, al ser reñida por lo que tardaba en encender la lumbre, le espetó á su ama:

—Señora, si este es un carbón del demonio.

¿Habrás visto la muy zafia? ¿Pues cuándo, el vegetal de encina que ella usa, si lo usa, se puede comparar con el de las minas de Cardiff y Newcastle de que yo me surto? Calcule usted que con los protestantes que aquí nos llueven de Inglaterra, tenemos una



Un copista en el Museo del Louvre

provisión que ni de encargo. En cuanto llegan, cogen los chicos unas escobas y les barren el polvillo, con el cual hacemos unos aglomerados que arden solos.

Por cierto que las existencias disminuyen y las importaciones escasean: no sé si porque los protestantes se convierten ó porque se esterilizan; pero la verdad es que cada día van siendo por aquí más raros, y los pocos que vienen, como han tomado la costumbre de bañarse todos los días, llegan de la tierra tan limpios, que se diría que vienen nadando.

En fin, á mí se me lleva el demonio... ¿Ve usted? hasta á mí se me pega. Pues bien, rectificando, á mí me sabe á maestro de escuela (que es lo de menos substancia que hay por allá arriba) el oír decir: fulano corre más que el demonio; este cocido está más salado que el demonio; á esa mujer parece que la ha vestido el demonio; esta onza es más falsa que el demonio, y *ainsi de suite*; porque yo manejo el francés bastante correctamente, y por más que se diga del que lo estropea, que habla un francés del demonio.

Para terminar, consignaré que una de las irreverencias que más me mortifican es la de creérseme propiedad de todo el mundo, vista la facilidad con que se me da y se me toma. De ello haga fe el siguiente diálogo:

—Maestro: ¿me da usted una peseta adelantada?

—Un demonio te dará yo.

O este otro:

—No te sofoques, hombre. ¡Vaya! toma un cigarro.

—Un demonio me voy yo á tomar.

Conque basta con lo dicho para que usted, inspirándose en la justicia, escriba algo fuerte que reivindique mis derechos á la consideración universal. Sepan los que esto leyeren, que no hay calenturas del demonio, pues gracias á Dios gozo de una regular salud; ni el frío, por intenso que sea, se le puede atribuir al que vive entre carbones encendidos, ni soy, en suma, lo que la ignorancia quiere que sea.

Doy á usted las gracias anticipadas, y mientras tengo el gusto de verle á usted por acá, me despido rogándole que dispense esta pretensión de

EL DEMONIO.

Me limito á copiar la carta que antecede; porque sobre no poder añadir á ella nada nuevo, es media noche y tengo un sueño del demonio.

ENRIQUE GASPAR.

Á una joven vestida de luto

De aquella que negro viste,
Descubre la parda toca,
Dos corales en su boca,
Una azucena en su tez,
Dos luceros en sus ojos,
Una rosa en su mejilla;
Y el oro que en trenzas brilla
Símbolo es de su niñez.

Su estatura es más gallarda
Que la palma del desierto,
Y su talle, aunque cubierto
Por los pliegues del mantón,
Se ve que es suelto y rotundo,
Y que su aérea ligereza
No le cede en gentileza
Al de la madre de amor.

De su linda mano, el guante
No deja ver la blancura
Ni las gracias de su hechura,
Pero sí su pequeñez;
Su andar es el de una virgen
Que ha descendido del cielo,
Para lucir en el suelo
Sus pequeñísimos pies.

¡Por piedad! jamás te quites,
Si á la calle sales, niña,
Ese manto, esa basquiña,
Esos guantes, porque así
La ardiente antorcha que lleva
En su mano el niño ciego,
No tiene bastante fuego
Para que incendie sin tí.

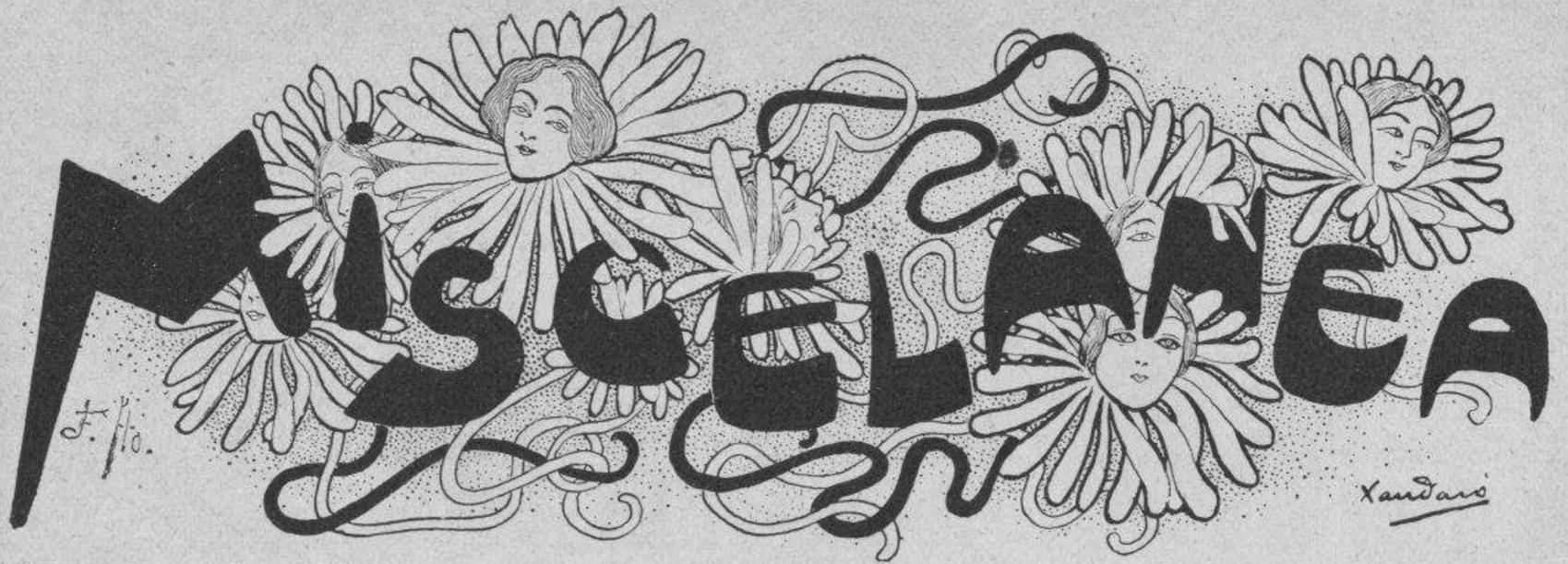
Pero si quieres que el mundo
En hoguera se convierta,
Suelta el manto, y descubierta
Un día déjate ver;
Y yo te juro que el fuego
De tus ojos celestiales,
A los míseros mortales
Hará de improviso arder.

Necio yo, mil veces necio,
Cuando por piedad te pido
Que ocultes lo más cumplido
Que hay en toda la creación!
No escuches esta plegaria,
A tus gracias quita el velo,
Y arda la tierra y el cielo
Como arde mi corazón.

JUAN J. GODOY.



Dibujo de Xaudaró



A la hora de entrar en máquina este número, no hemos recibido el artículo de *Clarín*.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca del notable artículo del señor Riera, que desde esta semana entra á aumentar el número de nuestros colaboradores.

De regreso de los baños:
—Figúrense ustedes, decía Gedeón á sus amigos, que un día me interné en el mar á tal distancia, que no tenía fuerzas para volver á tierra. Sin embargo, envuelto en una enorme ola, fuí arrastrado hasta la playa. De no ser así, en este momento les estaría hablando á ustedes un cadáver.

Proyectaba Pepita un largo viaje y enseñaba á su esposo el equipaje, Exclamando, al mirarle, don Jimeno:
—¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!
G. Blanco.

Rodríguez, entrando en el Círculo:
—Nuestro amigo el coronel Z... ha alcanzado una nueva victoria... ¡Se acaba de morir su suegra!

—Lo mismo es morir que vivir, decía continuamente Gedeón.
—Pues ¿por qué no se muere usted? — preguntóle uno, cansado de oírle semejante muletilla.
—Por eso; porque es lo mismo que vivir.

—¿Qué harías tú para desembarazarte de los amigos que te fastidian?
—Les pediría dinero.
—Mal sistema; yo se lo presto.

—¿Ayuna usted? — preguntaba un confesor á un estudiante, antes de absolverle.
—Vivo en casa de huéspedes, — contestó el joven con humildad.
El sacerdote le absolvió.

Bien y mal de tí hablar ves;
Que habla, en varios pareceres,
El bueno, como quien eres,
Y el malo, como quien es.

Se había convocado un concurso para premiar acciones meritorias, y se presentó un sujeto á solicitar uno de los primeros premios.
El presidente le interrogó:
—¿Qué méritos alega usted?
—He salvado á tres amigos.
—¿De qué?
—Figúrese usted que los tres querían casarse, y

que con mis consejos les he hecho desistir de semejante propósito.

Un marido muy apocado llama aparte á la criada y le dice:
—Oye, Ruperta; me han dicho que mi mujer y mis hijas proyectan un viaje á San Sebastián. ¿Sabes si voy yo?

El que tiene poco crédito, se queda pobre; y el que tiene mucho, hace pobres á los demás. ***

Hay faltas que elogian, y adulaciones que murmuran.

Siempre dura más nuestra envidia, que la felicidad de los que envidiamos.

En muchos, conseguir riquezas no es fin de trabajos, sino mudanza de ellos. ***

Una sola palabra basta para destruir la desdicha de los hombres.

Quien por sí mismo se rige, obedece á un necio.

La probidad es la virtud de los pobres, y la virtud es la probidad de los ricos. ***

Hay pocos hombres que no digan verdades y mentiras.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR V. SUÁREZ CASAÑ * PROPIETARIO PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado